LA CACERIA REAL.

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

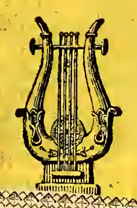
LETRA

de Don Antonio Garcia Gutierrez.

MUSICA

DE D. EMILIO ARRIETA.

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL CIRCO:



MADRID.
Imprenta de la calle de S. Vicente á cargo de J. Rodriguez.
1854.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.

Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*

Con razon y sin razon.
Cañizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes parientes y amigos.
Cada cual ama á su modo.

Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.

El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballero Feudal.
Espinas de una flor.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está loca!
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*

El Licenciado Vidriera.
El Suplicio de Tántalo.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.

Faltas juveniles.

Flor de un dia.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia china.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.

Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La Hiel en copa de oro.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de san Fernando.
La Verdad en el Espejo.
La Boda de Quevedo.

Mi mamá.
Misterios de Palacio.

LA CACERIA REAL.

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

LETRA

de Don Antonio Garcia Gutierrez.

MUSICA

DE D. EMILIO ARRIETA.

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL CIRCO.



MADRID.
Imprenta de la calle de S. Vicente á cargo de J. Rodriguez.
1854.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL REY DON FELIPE V........	SR. FONT.
EL PRINCIPE CARIÑANO......	SR. SALAS.
EL MARQUES DE VILLENA....	SR. CUBERO.
AMBROSIO, guarda-bosque.....	SR. CALVET.
MARGARITA..................	STA. RAMIREZ.
PASCUAL. } Hijos de Ambrosio.	SR. CALTAÑAZOR.
ROSA. } Hijos de Ambrosio.	SRA. CUBERO.
SEBASTIANA, muger de Ambrosio.	SRA. SORIANO.

Cortesanos, Monteros del Rey, Pages y Aldeanos.

La accion pasa en el palacio del Pardo y en sus inmediaciones, el dia 15 de Noviembre de 1704.



ACTO PRIMERO.

Galeria del palacio real del Pardo abierta al fondo, dejándose ver á lo lejos el arbolado de los jardines. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen los cortesanos divididos en dos grupos y en animada conversacion.

Coro 1.º La nobleza castellana
á seguir al rey se apresta,
y aseguran que mañana
parte el séquito de aqui.

Coro 2.º Ya la huella se ha encontrado
y tendremos larga fiesta:
desde ayer está cercado
el terrible jabalí.

Coro 1.º Ah, caballeros!
qué nos decís?
parte el monarca

para Madrid?

Coro 2.° Nada seguro
pude inquirir;
pero las señas
dicen que sí.

——

Coro 1.° En palacio se murmura (*Se reunen.*)
que cubriendo mar y tierra
el inglés nos mueve guerra
y nos vende Portugal.

Coro 2.° En la corte se asegura
que á probar la fé de España,
parte el rey á la campaña
y nos deja al Cardenal.

Todos. Mas silencio!—Pero chito!
—Por si viene con malicia,
la recóndita noticia
se reserve cada cual.

ESCENA II.

Dichos *y* El Principe.

Principe. (Si yo un instante
(*Sale triste y meditabundo.*)
le llego á ver,
á la calumnia
confundiré.)

Coro. Príncipe amado;
venís con bien?

Principe. Un humor traigo
de Lucifer.

Coro. Qué adusta cara!
qué palidez!

Principe. Hay de vosotros
quien hable al rey?
han intentado
manchar mi fé.

Coro. Quién os calumnia?

Principe. Yo no sé quién;

pero en desgracia
caí esta vez.
CORO. Mal contagioso! (*Separándose.*)
Cuenta con él.

PRINCIPE. Ya me miran sin agrado,
pues la suerte me abandona.
En el mundo este pecado
no se olvida ni perdona.
Mas la suerte en un momento
huye, vuelve, quita y da,
y si cambia luego el viento,
la veleta cambiará.
CORO. Es ya un hombre desahuciado
si el monarca le abandona:
la desgracia es un pecado
que la córte no perdona.
Pues la suerte en un momento
pasa, vuelve, quita y da,
naveguemos con el viento
sin mirar á dónde va.

ESCENA III.

DICHOS *y* EL MARQUÉS.

PRINCIPE. Ah! Villena!
(*Dirigiéndose precipitadamente á él.*)
MARQ. Dadme albricias.
PRINCIPE. Es posible! hay esperanza?
MARQ. Hoy volveis á la privanza
con mayor seguridad.
PRINCIPE. Mi inocencia...
MARQ. Ya sucmbe
confundida la malicia.
CORO. Gloria el rey cuya justicia,
ensalzó vuestra lealtad.
(*Rodeándole otra vez.*)

PRINCIPE. (Ya pasado el fiero susto,
la veleta se cambió.
Ya me adulan y es muy justo,
que otra cosa no hago yo.)
MARQ. De su airado ceño adusto
lo colérico templó;
mas si fué terrible el susto,
cual relámpago pasó.
CORO. Noble amigo y juez augusto
su clemencia os demostró,
que si fué primero justo...
generoso lo enmendó.

MARQ. Señores; por si lo ignora
alguno, para las diez
sale el rey de caza.— Vos
estais nombrado tambien. (*Al Príncipe.*)
(*Vánse los cortesanos.*)
PRINCIPE. (Yo he de aclarar este enigma.)
MARQ. Príncipe mio?
PRINCIPE. Marqués?
MARQ. Ya que hemos quedado solos,
me permitireis que os dé
una queja?
PRINCIPE. Vos quejoso,
y de mí? decidla, pues.
(Él mismo abre campo...)
MARQ. Andais
taciturno desde ayer.
PRINCIPE. El temor de haber caido
en la desgracia del rey...
MARQ. Y era yo culpado en eso?
PRINCIPE. No lo debo suponer.
MARQ. Yo lo hubiera sospechado.
Cuando en el baile os hablé,
me echasteis ciertas miradas
de rencor, y eso es cruel.
Vamos, príncipe, sed franco!
me guardais odio tal vez?...
PRINCIPE. No toquemos ese punto.

MARQ. Y yo qué he podido hacer?
Hay sospechas en la corte,
y aun certidumbre diré,
de que el Austria tiene aqui
cierto emisario.
PRINCIPE. Asi es.
MARQ. Se le busca inútilmente:
en palacio, no sé quién,
infundiendo al rey sospechas,
calumnia vuestra honradez.
Hago allanar vuestra casa,
cumpliendo con mi deber,
sin perdonar escondrijo,
puerta, rincon ni pared.
Y qué ha logrado el villano
impostor? Desvanecer
la duda que os infamaba,
y acrisolar vuestra fé.
PRINCIPE. Ah Villena! os agradezco
la justicia que me haceis;
pero el mal... ese no puedo
agradecerlo tambien.
MARQ. El mal...
PRINCIPE. Oh! no es culpa vuestra;
mas me habeis hecho perder
una joya inestimable.
MARQ. No entiendo: esplicaros bien...
Una joya?
PRINCIPE. Peregrina.
Nunca el divino pincel
de Murillo dió á sus ángeles
tan ingénua sencillez,
ni á sus lienzos inmortales
trasladó el gran Rafael
tan portentosa hermosura
como la de esa muger.
MARQ. Una muger? acabáramos!
PRINCIPE. Y ya cogida en la red...
MARQ. Voló?
PRINCIPE. Voló!
MARQ. (A quién lo cuentas!)
Pero cómo pudo ser?

PRINCIPE. Vuestros sicarios...
MARQ. Sicarios?
PRINCIPE. Perdonad; me equivoqué.
Vuestos ministros...
MARQ. Ya entiendo!
abrieron la jaula, y...
PRINCIPE. Pues!
MARQ. Pero eso tiene las trazas
de un rapto!
PRINCIPE. Pues qué ha de ser?
Es una hazaña ingeniosa
de mi camarero Andrés,
que tiene para estos lances
un tacto, una intrepidez!...
—Os lo recomiendo.
MARQ. Gracias!
(Qué grillete le pondré!)
PRINCIPE. Para eso le traje á España.
Es un honrado maltés...
MARQ. (Como no le ahorque!)
PRINCIPE. Merece
todo cuanto hagais por él.
MARQ. Voy á daros un consejo,
mi buen príncipe.
PRINCIPE. Y cuál es?
MARQ. Que esos vehementes impulsos
del corazon, refreneis.
PRINCIPE. Ah! no es posible.
MARQ. Este pueblo,
como llegareis á ver,
tiene costumbres muy rancias:
es sencillo, sin doblez.
En atraso lamentable,
no está acostumbrado á hacer
del honor fácil juguete.
PRINCIPE. Ah! no? (Qué cosas se ven!)
MARQ. Y en tocándole á ese punto,
no habrá respeto ni ley
que no atropelle: cuidado
no lo haga con vos tambien.
PRINCIPE. Soy poderoso!
MARQ. No importa.

PRINCIPE. Me respetarán.
MARQ. No sé.
PRINCIPE. (Vaya un pais de salvajes!
no estaré yo mucho en él!)

ESCENA IV.

DICHOS *y* EL REY.

MARQ. Silencio! Su Magestad.
PRINCIPE. Ah! señor...
REY. Seais bien venido,
príncipe.
PRINCIPE. Con qué ansiedad
esperaba...
REY. Convencido
estoy de vuestra lealtad.
Por lo tanto, demos punto
á esa cuestion delicada.
PRINCIPE. No se hable mas del asunto.
MARQ. El pobre estaba difunto. (*Aparte al Rey.*)
REY. La broma ha sido pesada.
(*Aparte al Marqués.*)
—Decid, príncipe.
PRINCIPE. Señor?
REY. Cómo andamos de aventuras?
PRINCIPE. Aventuras? eh?
REY. De amor.
Dicen que estas hermosuras
no os tratan con gran rigor.
PRINCIPE. Hay de todo.
REY. En esa lid...
PRINCIPE. Hay menos flores que espinas.
REY. Y la esperiencia? el ardid?
PRINCIPE. Ah, señor! son muy ladinas
estas hembras de Madrid.
MARQ. Por eso á los campos viene
á alimentar sus amores.
PRINCIPE. Yo sé lo que me conviene.
REY. Aqui el amor, diz que tiene
menos espinas que flores.
PRINCIPE. No diré que no.

MARQ. (Patraña).
PRINCIPE. Y sin vanidad pudiera...
REY. Alguna amorosa hazaña?
PRINCIPE. No tiene en su tierra España
pastora mas hechicera.
REY. Que os mira bien?
PRINCIPE. Que me adora;
y á no acudir en su auxilio
cierta mano protectora...
(*Mirando al Marqués.*)
REY. Amante de una pastora!
esto parece un idilio!
PRINCIPE. Cuando estoy desocupado...
REY. Y si la moza es bizarra,
y es tierna y le muestra agrado,
le hemos de ver con cayado.
MARQ. Y con rabel y zamarra.
PRINCIPE. Cuando á la voz del cariño
el corazon me da guerra,
por una mirada, un guiño,
me iré yo tras de un corpiño
hasta el confin de la tierra.
REY. Vuestro gusto no repruebo,
pues le tengo yo tambien.
PRINCIPE. Un amor...? eso no es nuevo:
vos sois galan y mancebo;
no conoceis el desden.
REY. Os engañais.
PRINCIPE. Por mi vida!
quién á esquivaros se atreve?
REY. Una hermosura homicida,
compuesto de fuego y nieve,
ni rebelde ni vencida.
PRINCIPE. Bella?
REY. Toda hechizo y gala,
sin melindres ni arrebol.
PRINCIPE. Y es tambien?...
REY. Una zagala,
á cuyo esplendor no iguala
el mismo cielo español.
PRINCIPE. Y cómo, si es permitido
conocer vuestro secreto,

tal prenda habeis adquirido?
REY. Yo os contaré cómo ha sido;
pero obrad como discreto.

TERCETO.

REY. Cruzando ligera
por medio del valle,
luciendo hechicera
su mórbido talle,
á esa gentil zagala
enamorado ví,
y en su donaire y gala
mi libertad perdí.
PRINCIPE. Asi mi morena
mostraba radiente
su frente serena,
su risa triunfante,
y en sola una mirada
que tierna clavó en mí,
del alma enamorada
la libertad perdí.
MARQ. (Belleza desgraciada,
mil veces ay de tí,
si escuchas confiada
su ardiente frenesí.)

———

PRINCIPE. Es novela peregrina...
(y que pica ya en historia.)
REY. Mas la ingrata no se inclina
á colmar al fin mi gloria.
PRINCIPE. De esperanzas y favores
mi pasion ha coronado.
REY. Yo en mis tímidos amores
me confieso desdeñado.

———

Cuando me mira,
tiembla y suspira:

cuando la llamo,
vuela al reclamo;
pero si ciego
crece mi ardor,
templa mi fuego
con su pudor.

PRINCIPE. Cuando me mira,
furias respira:
huye al reclamo
cuando la llamo;
pero si al ruego
muestra rigor,
es que del fuego
teme el calor.

MARQ. Si escucha el ruego (*Al Príncipe.*)
con tal rigor,
no teme el fuego
de vuestro amor.

PRINCIPE. De esta tierra me enamoro
si tales joyas encierra.
No hay en Madrid tal tesoro.
REY. Ya sabeis que siempre el oro
se oculta humilde en la tierra.
PRINCIPE. Es verdad, mas yo presiento...
REY. Qué, príncipe?
PRINCIPE. Aqui de Dios!
Me ocurre en este momento
una duda, un pensamiento.
Es una misma, ó son dos?
REY. Qué decis?
MARQ. No fuera extraño.
REY. Mas si la vuestra en su daño
postró ya sus altiveces...
PRINCIPE. Quién sabe si yo me engaño!
me ha sucedido otras veces.
REY. Y si fuera?...
PRINCIPE. En caso tal,
señor, la respetaria
como á prenda ya real.

REY. Eso no, por vida mia!
la guerra ha de ser leal.
PRINCIPE. Pero aun asi no es posible
que yo aspire á los favores
de quien á un rey no es sensible.
Como en la guerra, en amores
os llaman el invencible.
Por lo tanto, alguna seña
tenga yo de la hermosura
que tan alto bien desdeña.
Es alta, rubia ó trigueña?...
REY. Dejémoslo á la ventura.
Y ved que al combate salgo
con armas de buena ley.
Soy para ella un pobre hidalgo,
y asi sabré lo que valgo
sin el prestigio de rey.
PRINCIPE. Pues lo quereis...
REY. Lo deseo.
PRINCIPE. Con esa razon me escudo;
y aunque venceros no creo...
tengo esperanzas...
REY. Lo veo.
PRINCIPE. Y habrá combate.
REY. (Lo dudo.)
PRINCIPE. Al arma, pues.
REY. Mas por hoy
os he de seguir la pista.
PRINCIPE. Ya sé que nombrado estoy...
REY. A las diez salimos.
(*Haciéndole seña de que se retire.*)
PRINCIPE. Voy.
(Yo me perderé de vista.)

ESCENA V.

DICHOS *menos* EL PRÍNCIPE.

MARQ. Aun no le ha pasado el susto.
REY. No ha sospechado el objeto
de aquella visita?
MARQ. Nada.

REY. Disimula.
MARQ. No por cierto.
El buen príncipe es tan romo
de astucia, como de ingenio;
pero ha digerido mal
la píldora.
REY. Yo lo creo.
MARQ. Y al arrancar de sus garras
á esa niña, os lo confieso,
nunca he sentido mas gozo
en cumplir vuestros deseos.
REY. Hoy vamos allá.
MARQ. Otra vez!
Señor, qué ganais con eso?
REY. Tú imaginarte no puedes
el gozo que esperimento.
Al placer de lo vedado,
como á hurtadillas la veo,
se une aqui la libertad
que gozo en esos momentos.
Ella, en fin, como se juzga,
si no mi igual, poco menos,
me habla alegre, sin rebozo,
con el corazon abierto.
Y como acá en los palacios
no teneis costumbre de esto,
embelesado la escucho
gustando de un placer nuevo.
Dos semanas he pasado
en ese entretenimiento,
y hoy á favor de la caza...
MARQ. Entiendo, señor, entiendo!
REY. Qué; te pesa?
MARQ. Me lastima
esa infeliz: no os lo niego.
REY. Y á mí tambien: yo no sé
lo que en su presencia siento,
que á la par me enciende el alma
y modera mis deseos.
MARQ. Pues bien: seguid ese impulso
honrado.
REY. Cuando recuerdo

aquella apacible tarde
en que la vimos primero!...
Con qué ingénua confianza,
con que apacible embeleso
nos hablaba!

MARQ. Yo no entré
á la parte en el secreto!
La complicidad rechazo.

REY. Bien, marqués.

MARQ. Yo estaba lejos.

REY. Prudente fué la cautela,
pero inútil: ni un concepto,
ni una palabra, mancharon
nuestro coloquio un momento.
Pero notaste en sus ojos
aquel amoroso fuego,
aquel placer!...

MARQ. Nada ví;
ó mejor dicho, sí, es cierto.
Ví la inocencia pintada
en el semblante risueño
de aquella niña, y temblé.

REY. Temes?...

MARQ. Bien sé lo que temo.
Esa conducta, hoy que en bandos
está dividido el reino,
enagenaros pudiera
el cariño de los buenos.

REY. Marqués! un rey es un hombre.

MARQ. Un rey debe ser espejo
en que se mire el vasallo,
siempre limpio, siempre terso.

REY. Felipe Cuarto, no dicen
que fué por sus galanteos
célebre en España?

MARQ. Asi
lo está pagando su pueblo.
Mas no invoqueis su memoria
donde hay mejores ejemplos,
que si hubo un Felipe Cuarto,
ha habido un Cárlos primero.

REY. Dices muy bien; mas te juro

que nunca ha sido mi intento
cuasar á esa jóven... Hoy
por última vez la veo.

MARQ. Iré con vos.

REY. A tu edad,
marqués?

MARQ. A todo me atrevo
por salvaros y salvarla.

REY. (Correrás! te lo prometo.)
En buen hora: asi veré
si á caballo eres tan diestro
como dicen.

MARQ. Ya han pasado
aquellos años primeros.
Pero tengo un alazan
brioso, y me lisonjeo...

REY. Ah! nos hemos entendido.

MARQ. Si vos lo mandais, me quedo.

REY. Nada fácil me contenta:
las dificultades quiero.

MARQ. En ese caso, mirad
que yo de vista no os pierdo.

REY. Ello dirá, buen marqués.
—Hola! que ensillen mi overo.

MARQ. Hola! mi alazan roano.

REY. Pues aceptado está el reto,
prevente ya. (*Dirigiéndose á la izquierda.*)

MARQ. No haré falta.

REY. Adios, marqués.

MARQ. Pronto vuelvo.
(*Vánse en distintas direcciones. Un momento despues sale Pascual por la derecha, despues de decir dentro los dos primeros versos.*)

ESCENA VI.

PASCUAL *solo.*

PASCUAL. Muy bien: gracias, señor paje:
el cuidado será mio...
—Por si es pulla, no me fio

de tí ni de tu linaje.
Tengo yo acá mis razones,
que en topando con villanos,
todos estos cortesanos
suelen ser algo burlones.
Si esta gente me espolea,
y se empeña en aburrirme,
voto á... Pascual! tente firme
por el honor de la aldea.
Ellos serán, por supuesto!
mas nobles: es de justicia;
pero tocante á malicia,
con todos me las apuesto.

ESCENA VII.

PASCUAL, EL PRINCIPE, *que va á atravesar el teatro.*

PASCUAL. Ah, señor! *(Saliéndole al paso.)*
PRINCIPE. (Quién es este hombre?)
PASCUAL. (Sin duda es un cortesano.)
El príncipe Cariñano?
PRINCIPE. Qué quereis? ese es mi nombre.
PASCUAL. Sois vos?... (Cosa singular!
con ese aquel y esa facha!...)
El alcalde Juan Garnacha,
que lo es hoy de mi lugar,
os ruega aqui en un papel
que vuecelencia me preste...
(Registrándose los bolsillos.)
—No está aqui; tampoco en este:
perdonad... ya dí con él.
PRINCIPE. Y cómo á entrar se propasa?...
PASCUAL. Como que uno tiene roce,
(Mientras habla Pascual, lée el principe la carta.)
ya ha tiempo que me conoce
toda la gente de casa.
Soy el hijo de un honrado
guarda-bosques, bien querido
en la tierra, y aun leido.
—El tio Ambrosio es muy nombrado!
PRINCIPE. Invocan mi proteccion

para tí: no será en balde,
que estimo yo al buen alcalde.
—Y cuál es tu pretension?

PASCUAL. Aunque no es del todo mia,
alguna parte me alcanza.

PRINCIPE. Y qué es?

PASCUAL. Cierta malandanza
que me trae sin alegria.

PRINCIPE. Ya la explicacion aguardo.

PASCUAL. Hoy es San Eugenio, y esta
es la mas alegre fiesta
de nuestros pueblos del Pardo.

PRINCIPE. Es grande solemnidad,
y en la corte, celebrada.

PASCUAL. No ganamos aqui nada
con esa celebridad.

PRINCIPE. Por qué causa?

PASCUAL. Es mucha lid!
—Todo el pueblo se alborota,
y acuden á la bellota
los vecinos de Madrid!
Bailan, que es cosa de ver!
las chicas muerden el cebo,
y como place lo nuevo,
las retoza el alcacer.
No hay madre que viva ó duerma,
que no las quitan el ojo;
mas como el ganado es flojo,
todos los años hay merma.

PRINCIPE. Entiendo.

PASCUAL. No sabeis nada!
es tan suegra mi fortuna...

PRINCIPE. Ya, ya! se trata de alguna
oveja descarriada.

PASCUAL. (Tiene una penetracion!...)

PRINCIPE. A quién amas.

PASCUAL. La queria...
y la quiero todavia!
Malhaya mi condicion!

PRINCIPE. Ese afecto verdadero,
me interesa.—Con que la amas?

PASCUAL. Sí, señor!

PRINCIPE. Cómo te llamas?
PASCUAL. Pascual; pero no cordero.
PRINCIPE. Y si ha faltado á la fé
que juró?
PASCUAL. Salgo de quicio!
—Si es cierto lo que malicio,
tal vez la aborreceré.
PRINCIPE. No te casarás?
PASCUAL. Es llano.
PRINCIPE. Honrado eres con esceso.
PASCUAL. Los pobres tenemos eso.
PRINCIPE. (Malicioso es el villano!)
Qué puedo hacer?
PASCUAL. Escuchad.
—Está esperando una seña
la pobre niña: se empeña
en ver á Su Magestad.
PRINCIPE. Por qué no acude á la ley?
ese paso es importuno.
PASCUAL. Y si el bribon es alguno
de los que estan con el rey?
PRINCIPE. Ah! piensas tú?...
PASCUAL. Sí señor.
PRINCIPE. (En efecto; asi se explica...)
Y es tan hermosa?
PASCUAL. La chica?
bocado de emperador!
PRINCIPE. Arriesga mucho tu dama
con ese atrevido paso,
y otro medio encuentre acaso
que mejor cuadre á su fama.
PASCUAL. No ha escuchado mi consejo,
porque á nombrarme el que fué,
entonces...
PRINCIPE. Qué hicieras?
PASCUAL. Qué?
cazarle como á un conejo.
PRINCIPE. Y si fuese algun hidalgo?
PASCUAL. No importa.
PRINCIPE. (Vaya un capricho!)
PASCUAL. Malo es que yo lo haya dicho!
Señor, yo le doy con algo.

PRINCIPE. Te ahorcarán.
PASCUAL. Es natural, (*Con indiferencia.*)
y eso deberé á la ingrata;
mas si al fin ella me mata,
ahorcado ó no, me es igual.
PRINCIPE. (Qué bestia!)
PASCUAL. Como esta es cruz;
á cien pasos, ya he probado
que sé plantar á venado
un balazo en el testuz.
PRINCIPE. (Este bruto me despacha!)

ESCENA VIII.

DICHOS *y* MARGARITA.

MARG. Mal reprimo mi impaciencia.
PASCUAL. Ah! mírela vuecelencia:
allí viene la muchacha.
PRINCIPE. La muchacha... (Dios piadoso!)
(*Procurando ocultar el rostro.*)
PASCUAL. Acércate... un poco más.
PRINCIPE. (No me engañé.) (*Mirándola de reojo.*)
PASCUAL. Ya verás
qué señor tan bondadoso! (*A Margarita.*)
PRINCIPE. Aléjate. (*A Pascual.*)
PASCUAL. Ya me alejo.
—Adios! (*A Margarita.*) Mas contento voy!..
PRINCIPE. Qué te detienes?
PASCUAL. Voy! voy!
(En buenas manos la dejo!)

ESCENA IX.

EL PRINCIPE, MARGARITA.

PRINCIPE. Vuelvo á hallarte.
MARG. Dios me valga!
PRINCIPE. Te causo miedo! un amigo!
MARG. Soltad!
PRINCIPE. No.
MARG. Soltad, os digo!

dejadme que de aqui salga.
PRINCIPE. Muy bien; pero eso consiste
en tu voluntad; tú sola... (*Dirigiéndose á ella.*)
MARGAR. Atrás!
PRINCIPE. (Fiereza española!)
Entonces, á qué viniste?
MARGAR. A publicar vuestra mengua,
y á pedir satisfaccion
del que ha puesto mi opinion
del vulgo en la fácil lengua.
Y cuando á Su Magestad
mi justa queja no obligue,
yo tengo quien os castigue.
PRINCIPE. (Voy creyendo que es verdad.)
MARGAR. Dejadme paso.
PRINCIPE. Y por qué
tanto rigor, inhumana?
para contigo, esto gana
quien te consagra su fé?
Es el rigor premio justo
para el que humilde te ofrece
cuanto el orgullo apetece
y cuanto imagina el gusto?
Serás libre como el aire;
te dará mi amor sencillo
galas que aumenten el brillo
de tu hermosura y donaire;
y en ese mar de placeres
donde con tu vista asombres,
serás gloria de los hombres
y envidia de las mujeres.
MARGAR. No; más quiero yo que escasa,
cruel la suerte me sea,
en el rincon de mi aldea,
y al amparo de mi casa.
PRINCIPE. En el mundo...
MARGAR. No hay allí
nada que á mi afan se iguale.
PRINCIPE. Y su bullicio?
MARGAR. No vale
la paz que se goza aquí.

PRINCIPE. Hay allí fiestas y amores...
MARGAR. Y deshonor! nada quiero.
PRINCIPE. Sedas, alfombras...
MARGAR. Prefiero
mis campiñas y mis flores.
PRINCIPE. Mas ya no puedes volver
á tu casa, desdichada!
te juzgarán deshonrada.
MARGAR. Nadie lo debe creer.
PRINCIPE. El mundo; torpe enemigo,
juzga siempre lo peor.
MARGAR. Yo rescataré mi honor
si logro vuestro castigo.
PRINCIPE. Quién se atreverá?...
MARGAR. La ley.
PRINCIPE. Contra un príncipe?
MARGAR. Sí! sí!
PRINCIPE. Ah! pobre inocente!
MARGAR. Aqui
de la justicia del rey! (*Gritando.*)

ESCENA X.

DICHOS *y* LOS CORTESANOS.

CORO. Quién osa en palacio mover ese estruendo?
PRINCIPE. Venid, caballeros: venid y escuchad
el caso mas grande y el mas estupendo
que oyeron las gentes y vió nuestra edad.
CORO. Silencio, señores!—El caso contad.

PRINCIPE. Cierta Venus de la aldea,
inhumana cuanto hermosa,
menosprecia rigorosa
mi constante adoracion.
Insensible á la querella,
á las súplicas altiva,
las cadenas de oro esquiva
que la brinda mi pasion.
MARGAR. No es honrado quien profana

de una niña el casto asilo,
y su hogar pobre y tranquilo
trueca en bárbara prision.

CORO. Nò tiene razon!
Nunca pesan las cadenas
si cadenas de oro son.

MARGAR. Justicia reclamo!
CORO. Dejadnos en paz.
MARGAR. Aquí para todos
la ley es igual.
Monarca de España,
justicia!
PRINCIPE. Callad!
CORO. Chistoso es el lance!
chistoso! já! já!

MARGAR. Dejad á la ignorada
rapaza de la aldea,
que absorta y admirada
con amargura vea,
y con vergüenza y lástima
vuestra conducta vil.
CORO. Qué rapazuela tan incivil!
PRINCIPE. No esperes, desdichada,
que en tu dolor se crea.
Ninguna hay tan osada
ni que tan necia sea,
que muestre ante las dádivas
tu obstinacion pueril.
CORO. Negar su pecho á un príncipe,
como el amor gentil!

(*Suena un clarin.*)

TODOS. La señal!
PRINCIPE. Ninguno falte

en su puesto. (*Vánse precipitadamente por el fondo, izquierda.*)

ESCENA XI.

MARGARITA; *luego* EL MARQUÉS.

MARGAR. Hay mas dolores,
hay mas afrenta, Dios bueno?
tal maldad cabe en los hombres?
MARQ. Ah!
MARGAR. Qué miro! (*Corriendo hácia él.*)
MARQ. Vos aqui,
Margarita?
MARGAR. No os asombre.
Vine... por curiosidad...
(Sí! mejor es que lo ignore.)
Ansiaba encontrar un rostro
amigo; en esos salones,
por todas partes, hay tantos
semblantes que miedo ponen!
MARQ. Y yo no os inspiro miedo?
MARGAR. Oh! no tal! vos no sois noble.
Es verdad?
MARQ. (Quién la desmiente!)
Verdad es.
MARGAR. Bien se os conoce.
MARQ. En qué, niña?
MARGAR. En que sois bueno.
MARQ. Cómo?
MARGAR. Sin que esto os enoje.
MARQ. No haré tal; pero advertid
que aqui las paredes oyen.
MARGAR. Bien; pero decidme... irá (*Bajando la voz.*)
á verme?...
MARQ. Quién?...
MARGAR. Esta noche
le espero: irá, no es verdad?
MARQ. (Que á la fuerza he de ser cómplice...)
Creo que sí. (Voto va á Crispo!)
MARGAR. Dice que es paje del conde...
no! del marqués... de Villena.
MARQ. En efecto: ese es el nombre...

MARGAR. Un marqués! será tan malo...
MARQ. Eh!
MARGAR. Como esos hidalgotes...
Me alegro de que mi Enrique
no se parezca á esos hombres.
Adios, esperanza mia,
si no fuera humilde y pobre!
MARQ. Mirad; no estais bien aquí;
hoy ha dado el rey la órden
de abrir el palacio al pueblo:
si os ven aquí, si suponen...
MARGAR. Decis muy bien.
MARQ. La calumnia, (*Con intencion marcada.*)
aunque miserable y torpe,
mancha.
MARGAR. Es verdad. (*Agitada.*)
MARQ. Interpreta
las mas puras intenciones.
MARGAR. Seguiré vuestros consejos.
Yo, como vereis, soy dócil;
mas quiero verle, eso sí.
MARQ. (No lo olvida á dos tirones.)
Bien; mañana, acaso hoy mismo...
(Temo que no me perdone
el Rey; si no...)
MARGAR. Yo estaré
esperándole en el bosque.
Le acompañareis!
MARQ. Se entiende.
MARGAR. Ya sabeis; junto á aquel roble!
aquel en cuya corteza
grabó Enrique nuestros nombres.
MARQ. Bien; pero acabad: el pueblo
ya inunda esos corredores.
Salid de aqui.
MARGAR. Tal vez sea
tarde ya: cómo y por dónde?...
MARQ. No temais; venid.
MARGAR. Salvadme.
MARQ. Eso... de mi cuenta corre. (*Con intencion.*)
(*Vánse.*)

ESCENA XII.

AMBROSIO, PASCUAL, ROSA *y coro de aldeanos de ambos sexos que entran manifestando grande admiracion y respeto.*

PASCUAL. (No está.) (*Mirando á todos lados.*)
AMBROS. Ver la cara al Rey
si no hay cosa que lo estorbe,
ese es mi afan: lo demas,
ni me admira, ni me impone.
PASCUAL. Ver al rey! pues ahí es nada!
AMBROS. Es que si marcha la córte
como dicen, sabe Dios
cuándo volverá á estos montes.
ROSA. Si hoy no, mañana...
AMBROS. Quién sabe,
hija mia! tú eres jóven,
yo viejo, y ya me parece
que la muerte me da voces.
Dos reyes he conocido:
como yo la dicha logre
de ver al que hoy nos gobierna,
dichoso moriré entonces.
ROSA. Mirad! mirad! (*Dirigiéndose al fondo.*)
PASCUAL. Allá van
corriendo los cazadores. (*Todos se agrupan mirando hácia dentro.*)
AMBROS. Va el Rey de caza? está visto. (*Con tristeza.*)
Ambrosio: no le conoces.

CORO.

Bizarro sobre un overo
se descubre un caballero
tan gentil como galan;
y veloz como la vista
va siguiéndole la pista
poderoso un alazan.
Allí van!
Hiriendo la tierra dura

con la fúlgida herradura,
sin fatiga y sin afan,
generoso y arrogante
el overo va delante
y detras el alazan.
Allí van!

FIX DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un bosque de encinas en el Pardo. Aldeanos y aldeanas, que bailan, juegan, se columpian ó forman grupos variados.

ESCENA PRIMERA.

ALDEANOS *de ambos sexos.*

CORO. El sol que alumbra al dia
de fiesta y de alegria,
qué rápido se aleja!
qué presto se nos vá!
—Holguemos,
—juguemos,
—bailemos,
—cantemos,
en tanto que la tarde
su tibia luz nos dá.

———

Mañana á la alborada
la reja y el azada,

la rueca perezosa,
su oficio cobrarán.
—Holguemos,
—juguemos,
—bailemos,
—cantemos,
que luego del trabajo
las horas llegarán.
(Se vé pasar á Ambrosio lentamente por el fondo del teatro.)

AMBROS. Mirad la espesa nube
que parda cubre el monte,
y lentamente sube
velando el horizonte (*Desaparece.*)

UNOS. Tardaba ya el agüero!
OTROS. Ya empieza la cantiña.
OTROS. El viejo marrullero!...
dejémosle que riña.

TODOS. La tarde nos presta
risueña, en bonanza,
sus trémulos rayos,
su brisa otoñal.
Prosiga la fiesta,
la grita y la danza,
que es breve el contento,
la vida es mortal.

ESCENA II.

LOS MISMOS *y* MARGARITA, *que viene por el fondo, y se acerca á los aldeanos hasta colocarse en medio de ellos..*

MARG. Llego rendida!

Cómo quebrantan
mas que del cuerpo
males del alma!

UNOS. Es Margarita!
OTROS. Desventurada!
MARG. Teresa, Antonia!
MUGERES. Déjame.—Aparta.
MARG. De vuestro lado
se me rechaza!
MUGERES. Cómo es posible
tan loca audacia!

TODOS. La tarde nos presta
risueña, en bonanza, etc.

(*Vanse por la derecha, ocultándose todos antes de concluir el canto. Margarita que se habia apoyado en una encina, se deja caer desalentada.*)

ESCENA III.

MARGARITA *sola.*

Mis hermanas, ayer cariñosas,
en qué he delinquido, y en qué os ofendí,
que al mirarme correis presurosas,
huyendo de mí?
Es verdad! la que fué vuestra hermana,
tormenta en las olas del mundo corrió,
y hasta aquí la calumnia villana
tambien la siguió.
(*Se incorpora con energia.*)
Con horribles propósitos lucho
que el pecho me asaltan en loco tropel!
ay, si ciega las iras escucho
que rugen en él!

ESCENA IV.

MARGARITA: PASCUAL *que sale por la derecha mirando y hablando hácia dentro.*

PASCUAL. Lo dicho, dicho: pelonas!
quisieran ellas... cabal.
MARG. Qué es eso?
PASCUAL. Yo soy.
MARG. Pascual!
tú solo no me abandonas.
PASCUAL. Mi cariño no se trueca
tan fácilmente; eso no!
bien sabes que tengo yo
el corazon de manteca.
Por eso abusas! por eso
atropellado á tus pies
me tienes: porque me ves
que estoy en tus redes preso.
Y este es de mi amor el fruto!
pues si yo en cólera monto...
MARG. Ah! tú tambien!
PASCUAL. Soy un tonto:
he dicho mal; soy un bruto.
Pero en fin, eso no quita
que yo... pues!... no he dicho nada.
Sin embargo, esa escapada...
es oscura, Margarita.
MARG. Es cierto, mi buen Pascual!
PASCUAL. (Su buen Pascual! pues si empieza
de ese modo, adios firmeza.)
MARG. Tú eres mi amigo leal.
PASCUAL. Tú amigo! no es ese el nombre
que antes me dabas; y ahora...
MARG. Oh! tú no sabes...
PASCUAL. (Si llora;
vamos á ver! qué hace un hombre?)
MARG. Las apariencias, confieso
que me condenan.
PASCUAL. (Pues no?)
Eso es lo que digo yo.

Marg. Mas mienten.
Pascual. (No diré yo eso.)
Marg. Y aunque yo tales ofensas
á rechazar no me humillo,
tú eres bueno, eres sencillo.
Pascual. (No tanto como tú piensas.)
Margar. Aun aqui en mi corazon
con ira suena el murmullo
de esas gentes. Oh! mi orgullo
no les pide compasion.
Mas tú sabrás... no deseo
ni quiero mayor victoria.
Pascual. (Me va á fraguar una historia,
y si se empeña, la creo.)

Duo.

Margar. Por esa callada
floresta sombria,
de noche y cansada
del campo volvia;
mas súbito suena
confuso rumor,
que el pecho me llena
de susto y pavor.
Pascual. (Al fin de la escena
vendrá lo mejor.)
Margar. Del bosque apacible
rompió la espesura
un hombre de horrible
feroz catadura;
y yo en un momento,
transida de horror,
perdí con mi aliento
la fuerza y valor.
Pascual. (Chistoso es el cuento
si el fin no es peor.)

———

Margar. Ya sabes la historia.
Pascual. Tal vez tu memoria

del fin se olvidó.
MARGAR. Presumo que no.
Ya vuelta en mi acuerdo,
el hondo recuerdo
que aquí se grabó,
jamás se borró.
PASCUAL. El cuento prosiga.
Prendida en la liga
el ave quedó.
Y qué mas pasó?

———

MARGAR. Amargas horas
desgarradoras
pasé rendida
con mi dolor.
Mas de repente
mano clemente
me dió la vida
con el honor.
PASCUAL. (Por mas que lloras
y el caso doras,
vienes herida
del cazador;
por que esa gente,
niña inocente,
deja la vida,
mas no el honor.)

———

PASCUAL. Muy bien!
MARGAR. Si encerrar pudieras
alguna duda en tu pecho...
PASCUAL. Qué! si yo estoy satisfecho!
(No de lo que tú quisieras.)
Yo dudar? qué! no señor!
Mas si en ello se repara,
aunque la cosa es tan clara,
puede esplicarse mejor.
Tú sabes sin duda el nombre

del malandrin...

MARGAR. No lo sé.
Solo te diré que fué...

PASCUAL. Ya me lo figuro: un hombre.
Y no has vuelto á verle?

MARGAR. No.

PASCUAL. Es caballero, ó villano?

MARGAR. Caballero, y cortesano.

PASCUAL. Bien lo sospechaba yo.

MARGAR. En su palacio encerrada,
luchaba con mi impaciencia,
á defender mi inocencia
resuelta y determinada.
Mas de repente, en aquel
recinto, escuché veloces
carreras, y armas y voces
en agitado tropel:
aumenta la confusion;
«favor» esclamo! «justicia!»
y aquella turba, desquicia
las puertas de mi prision.
Y una voz, cuya memoria
guardada en mi pecho existe,
huid! me dijo.

PASCUAL. Y huiste.

MARGAR. Ya lo ves. *(Con sencillez.)*

PASCUAL. (Bonita historia.)

MARGAR. Y si aun dudares de mí,
que es verdad lo que aseguro,
por la memoria lo juro
de la madre que perdí.

PASCUAL. Ese tranquilo semblante
está hablándome en tu abono!
Es verdad! no me perdono
haber dudado un instante.

MARGAR. Franca y leal soy contigo;
ya lo ves, Pascual. Y en esto;
á qué engañarte, supuesto
que no me caso contigo?

PASCUAL. Cómo! has dicho...

MARGAR. La verdad.

PASCUAL. Determinacion estraña!

(Y lo dice la picaña
con una tranquilidad!...)
MARGAR. Adios: el tiempo se pasa.
PASCUAL. Ven, escúchame y responde...
MARGAR. Vóyme, Pascual.
PASCUAL. Pero adónde?
MARGAR. Adónde, sino á mi casa?
PASCUAL. (A su casa! si supiera!...)
MARGAR. Déjame ya.
PASCUAL. No te dejo
sin que me oigas un consejo.
(Ya es preciso: y no quisiera...
Yo se lo daré á entender
poco á poco.) Pues tu tia...
te maldijo.
MARGAR. Suerte impía.
PASCUAL. (Si lo habré echado á perder!
MARGAR. Oh! me maldice!

ESCENA V.

DICHOS *y* ROSA.

ROSA. (Hago mal;
pero como soy humana!...)
PASCUAL. Á qué vienes aquí, hermana?
ROSA. Y qué haces tú aqui, Pascual?
PASCUAL. Yo... nada!
ROSA. Ni yo he previsto...
PASCUAL. No es estraño! sois amigas!
ROSA. Pero por Dios que no digas
á padre que yo la he visto.
PASCUAL. Pues si averigua de mí...
ROSA. Pues si alguno sospechára...
MARGAR. Es decir...
PASCUAL. Buena se armára!
MARGAR. Tanto me aborrecen!
PASCUAL. Sí.
MARGAR. Bien: si á esa inícua sentencia
mi pobre opinion se inmola,
que huyan de mí: no está sola
quien vive con su inocencia.

ROSA. Y yo? por aquellos lazos
de nuestra amistad, te ruego...
MARGAR. Rosa! (*Con gratitud.*)
ROSA. Ves tú que te niego
mi corazon, ni mis brazos?
MARGAR. Eres tan buena! (*Abrazándola.*)
PASCUAL. Bien! bien!
MARGAR. Esto mi dolor serena.
PASCUAL. Eso mitiga tu pena?
(Voy á abrazarla tambien.) (*Haciendo ademan de abrazarla.*)
MARGAR. Pascual!
ROSA. Cuidado!
PASCUAL. Mal año!
como dijo... y me parece...
ROSA. Te ama. (*Ap. las dos.*)
MARGAR. Es verdad.
ROSA. Bien merece
algo mas que un desengaño.
MARGAR. Tú mis dolores no sabes
ni mis breves alegrias,
como allá cuando tenias
de mis secretos las llaves.
Pasó ya ese tiempo, y hoy,
rendida, mas satisfecha,
la dura prision estrecha
de otro amor, sufriendo estoy.
ROSA. Conque es verdad! (*Alejándose de Margarita.*)
PASCUAL. Qué te ha dicho?
ROSA. Cuando el afecto se muda...
PASCUAL. Algun capricho, sin duda.
ROSA. No, Pascual; no es un capricho.
—Ven, olvida á esa inhumana.
PASCUAL. No, que aunque me mate á enojos,
allá se me van los ojos
tras de aquel jubon de lana!
ROSA. Pues yo no te dejaré
hasta lograr...
PASCUAL. Quita! quita!
ROSA. No te acerques.

ESCNA VI.

DICHOS *y* AMBROSIO.

AMBROS. Margarita!
PASCUAL. (Mi padre! buen lance eché.)
AMBROS. Hola?
ROSA. Por Dios, no creais
que estaba con ella hablando.
Iba para casa, cuando...
AMBROS. Qué es eso? de qué os turbais?
MARGAR. Yo soy la causa, señor.
AMBROS. No la culpo ni condeno.
—Te compadece? eso es bueno.
—Te consuela? eso es mejor.
Ella, honrando mi vejez,
ha heredado el honor mio,
y sabe que yo confio
ciegamente en su honradez.
ROSA. Si, padre! (*Abrazándole con efusion.*)
MARGAR. Y yo no he de hallar
quien me otorgue esa justicia?
AMBROS. Habla tanto la malicia!
MARGAR. Pues bien: yo la haré callar!
AMBROS. Mi corazon lo desea.
(Ese semblante no engaña.)
MARGAR. Gracias!
AMBROS. Pascual, acompaña
á esa niña hasta la aldea.
PASCUAL. (No hay cosa que mas me cuadre.)
AMBROS. No oyes?
PASCUAL. Si yo me acomodo!..
(Puedo hablarla, verla, y todo
con bula de señor padre.) (*Váse con Margarita.*)

ESCENA VII.

AMBROSIO, ROSA.

AMBROS. Rosa, ven que no te riño;

pero aunque hallarte deseo
dócil y sumisa, veo
que abusas de mi cariño.
Te he dicho, ya ha muchos dias,
que no me tiendas las alas.

ROSA. Pero...

AMBROS. Y que cuando son malas,
pervierten las compañias.

ROSA. Fué casualidad, señor!

AMBROS. Casualidad?

ROSA. Oh, no! pero...

AMBROS. Ya lo sabes: siempre quiero
que me digas la verdad.

ROSA. Estaba tan afligida,
y su abandono era tanto,
que vine á enjugar su llanto.
—Hice mal?

AMBROS. No, por mi vida!
Quién la compasion condena?
Sin embargo... (Es que no puedo
reñirla; mas tengo miedo
por lo mismo que es tan buena.)
Vete, y procura seguir
la opuesta senda; á ese lado.

ROSA. Bien, bien, señor!

AMBROS. Y cuidado
con que vuelvas á mentir!

ROSA. Jamás.

AMBROS. Procura llegar
con tiempo, y el paso anima.
—La tempestad está encima:
ya comienza á chispear.

ROSA. A casa llego en un vuelo. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

AMBROSIO *solo*.

Oh! mi práctica no miente:
las nubes del Occidente
van cubriendo todo el cielo.
Pardiez! y segun la traza,

como el nubarron no aborte,
no ha de ser para la corte
muy divertida la caza.
Volverán mustios y lacios;
pero qué importa, si vienen
á gozar, y luego tienen
buena lumbre en sus palacios?
Por fuerza son de otra masa!
siempre de bulla y de gresca!..
—La noche ofrece ser fresca!
haré mi ronda, y á casa. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA IX.

Aldeanas que vienen corriendo de encina en encina, como procurando resguardarse de la lluvia.

CORO.

Por valle y otero
la lluvia chispea:
buscando el sendero
que lleva á la aldea,
la marcha seguid.
—Venid, venid,
que la senda del pueblo
va por aquí.
—La lluvia molesta,
ya arrecia, ya cala
mi saya de fiesta,
mi toca de gala,
mi pardo botin.
—Ay, ay de mí!
que mi señora madre
me va á reñir!

PRINCIPE. (*Dentro.*) Por el monte va la fiera.
CORO. Alto! chito! viene gente.

ESCENA X.

Las aldeanas y EL PRINCIPE.

PRINCIPE. No ví nunca tan valiente

jabalí.

CORO. Chit! silencio! un cortesano.

PRINCIPE. Me he perdido en la espesura.

CORO. Nadie chiste! (*En voz baja.*)

PRINCIPE. Quién murmura
por aquí?

CORO. Nos ha visto.

PRINCIPE. Vive Cristo!

CORO. Ya se acerca.

PRINCIPE. Bueno vá!

CORO. Su pupila
se encandila!
Oh, qué miedo
que me dá!

PRINCIPE. Sirenas de estos valles,
ya estoy rendido, sin voluntad.
Si á cazar corazones
habeis salido, volved acá.

CORO. Pasad, pasad,
que en punto á corazones,
tenemos acá.

PRINCIPE. (Ello dirá.)
Si quereis un esclavo,
que os sirva tierno, sin murmurar,
yo os ofrezco un tesoro
de amor eterno, puro y leal.

CORO. Pasad, pasad,
que tesoros de amores,
tenemos acá.

PRINCIPE. (Ello dirá.)

CORO. (Nos cree sencillas
el viejo bobo!)

PRINCIPE. (Las corderillas
buscan al lobo.)

Venid sin miedo, venid, zagalas,
á donde os llama risueño amor:
poneos á salvo con vuestras galas
del vientecillo murmurador.
(*Levantando con los brazos los embozos de su capa.*)
Yo os patrocino bajo mis alas:
ninguna tenga de mí temor.

CORO. Qué buen señor! (*Con ironia.*)

PRINCIPE. Junto á mi pecho, bajo mi capa,
ni agua ni hielo; todo es calor.
(*Una de las aldeanas se va acercando despacio.*)

CORO. Mira, Luisilla, que si te atrapa,
tal vez peligro corra tu honor.
(*La aldeana hace señas á sus compañeras de que la imiten.*)

PRINCIPE. Si ella se acerca, no se me escapa.
Cuánta inocencia! cuánto candor!

CORO. Ve con temor.

PRINCIPE. (Cándida y niña
ya amor la abrasa:
se entra en la viña
como en su casa.)
(*Las aldeanas se acercan rápidamente á él, y se guarecen bajo su capa hasta quitársela de los hombros, y huyen con ella dando vueltas al rededor de los árboles.*)

CORO. Todas cabemos.
Hágase á un lado.

PRINCIPE. Una! dos! cuatro! cincuenta! mil!
Voto va á Crispo, que me han dejado
en cuerpo gentil!

CORO. No nos atrapa!

PRINCIPE. Ya no las pesco.

CORO. Puesto que tiene tanto calor,

hasta mañana quédese al fresco,
y gracias, señor!

PRINCIPE. Falta el aliento! falta el vigor!
mas si hasta el alba tomo aqui el fresco,
no sé qué es peor.

———

(Vánse corriendo las aldeanas: el príncipe las sigue; pero siempre á buena distancia.)

ESCENA II.

EL REY; *sale por el fondo.*

Pobre animal! ahí te queda.
Ya no puede dar un paso;
pero el marqués me ha perdido
la pista: que fué milagro.
Con qué libertad respiro!
siempre cogido en los lazos
de esa enfadosa etiqueta...
Adios por hoy, cortesanos.
Dónde estás, dichosa aldea,
que guardas aquel preciado
tesoro? aquella hermosura
en cuyos ojos me abraso?
Ahora soy libre; ahora puedo
estrechándote en mis brazos,
jurarte... No, pobre niña!
qué pensamiento villano!

ROMANCE.

Huye al azor atrevido
que buscándote ha salido,
tórtola sin hiel!
Ay si encuentra tu nido!
ay si entra en él!
Amor cruel;
ya que en mí tu fuego enciendas,
no pretendas
que lastime á un alma fiel.

———

Cándida flor nacarada,
en tu cáliz encerrada;
que será de tí,
si lloras deshojada
mi frenesí?
Por qué te ví,
si aunque irritas mi amor triste,
no naciste,
ni te guardas para mí?

Oh! yo he de verla; eso sí:
un momento; pero cuándo?
cómo? No encuentro salida
á este Dédalo intrincado.
Si me oyesen! Hola! acá! (*Gritando.*
Nadie! esta tierra es un páramo!
Probemos! (*Dispara.*) Nada, está visto:
habré de dormir al raso.
Me acostumbraré: quién sabe
si este lecho improvisado,
para otros que ya me esperan
será delicioso y blando!
(*Extendiendo su capa bajo una encina; cuando va á recostarse, sale Ambrosio.*)

ESCENA XII.

EL REY, AMBROSIO.

AMBROS. Hola! ya he dado con él.
REY. Qué es eso?
AMBROS. Silencio y alto!
Venis á cazar de noche...
no sabeis que esto es vedado?
REY. De quién?
AMBROS. Del Rey mi señor!
Soy su guarda-bosque. (*Con orgullo.*)
REY. Diablo!
AMBROS. Pensais que no tiene dueño
la caza? estais engañado!

Bribon!
REY. (Soberbio.)
AMBROS. Hola! hola!
Quién sois? respondedme! vamos!
REY. (Y cómo apura!)
AMBROS. Su nombre!
REY. Mi nombre?
AMBROS. Con desparpajo.
REY. Pero haceis unas preguntas...
AMBROS. Que os hacen turbar; es claro.
No dudárais de ese modo,
si fueseis un hombre honrado.
REY. (Verme tratar de esta suerte,
es singular!)
AMBROS. Acabamos?
REY. No soy yo lo que pensais,
buen hombre.
AMBROS. Será milagro.
(Lo que es la pinta!...) (*Con desconfianza.*)
REY. Ni yo...
AMBROS. Teneis el arma en la mano,
y os he cogido en fragante:
á que se atreve á negarlo?
REY. No lo niego: he sido yo.
AMBROS. Sí? pues me gusta el descaro!
REY. Soy del servicio del Rey...
de los de escalera abajo,
si he de decir la verdad.
AMBROS. No me engañais?
REY. No os engaño.
AMBROS. Veremos.
REY. Yo nunca miento.
AMBROS. Ba! ba! ba! ba! cortesano,
y no mentir? Esa es grilla!
REY. (Tiene el hombre desenfado.)
AMBROS. Y suponiendo que sea
verdad; cómo es que aqui os hallo?
REY. Su Magestad salió á caza
por esos montes del Pardo...
AMBROS. Adelante.
REY. Un jabalí
terrible, nos salió al paso.

AMBROS. Qué mas?
REY. El Rey mi señor,
(*Se descubre, y lo mismo hace Ambrosio.*)
siguiéndole temerario,
se perdió en el monte.
AMBROS. Cómo!
y le habeis abandonado?
REY. Qué quereis?
AMBROS. Eso es mal hecho.
REY. No pudo mas mi caballo.
AMBROS. Haberle seguido á pié.
REY. No es fácil.
AMBROS. Mayor bigardo!...
—Yo no sé para qué tiene
Su Magestad, estos zánganos!
Si le sucede algo al Rey,
voto á San!... vais á pagármelo.
REY. Mucho le amais.
AMBROS. En extremo.
REY. Sois noble!
AMBROS. Soy... buen vasallo.
REY. No le conoceis?
AMBROS. De fama.
REY. (Oh! qué dulce es ser amado
asi!) Buen hombre...
AMBROS. Buen hombre!
REY. Toma, y al pueblo inmediato
llévame. (*Alargándole un bolsillo.*)
AMBROS. Dos cosas tengo
que prevenir al hidalgo.
Que á mí nadie me tutea;
y aunque le estimo el regalo,
no tengo nada que hacer
de vuestro dinero; claro.
REY. Pero...
AMBROS. Guardadlo, ó reñimos.
REY. Perdonad si os he faltado.
AMBROS. Mucho que sí: todavia
no sabeis cómo las gasto.
REY. Bien: disculpad mi franqueza;
pero si hay venta ó poblado
por aqui...

AMBROS. Tengo mi casa.
REY. No quisiera incomodaros.
AMBROS. Eh? (*Con enojo.*)
REY. Lo acepto.
AMBROS. Enhorabuena.
—Perdonad si el agasajo
no es tal como vos pudierais
desear; pero algo es algo.
REY. En habiendo cama...
AMBROS. Y mesa;
y no faltará un buen trago.
REY. De Arganda?
AMBROS. Y aun de Chinchon.
REY. No me dé Dios mas trabajos.
—Y en la mesa, podrá ser
que con el vaso en la mano...
no me entendeis?
AMBROS. No os entiendo.
REY. Que aun hemos de tutearnos.
AMBROS. Quién sabe! será posible.
—La verdad, me vais gustando.
Perillan! (Tiene unas trazas
de vividor...)
REY. Vamos?
AMBROS. Vamos. (*Vánse.*)
(*Desde este momento empieza á crecer la tempestad, con algunos relámpagos y truenos.*)

ESCENA XIII.

EL PRINCIPE *y* EL MARQUÉS. (*Salen por distintos lados.*)

PRINCIPE. Nadie! nadie! estoy perdido!
MARQ. Quién me saca de este infierno?
PRINCIPE. Suenan pasos.
MARQ. Siento ruido.
LOS DOS. Hola! quién vá?
PRINCIPE. Es la voz del consejero.
MARQ. Es sin duda un cortesano.
PRINCIPE. Es Villena?

MARQ. Caballero!
LOS DOS. Lléguese acá. (*Se acercan.*)
PRINCIPE. Ah! por mi vida!...
MARQ. Príncipe amado!
LOS DOS. Dónde ha quedado
Su Magestad?
PRINCIPE. No sé.
MARQ. Lo ignoro.
PRINCIPE. Tal vez perdido,
le ha sorprendido
la tempestad. (*Se oye un trueno.*)

———

Dios me ampare.
MARQ. Noche horrenda!
PRINCIPE. Mucho arrecia el vendabal.
Esta encina nos defienda
mientras pasa el temporal.

———

(*Se acogen bajo una encina. Se oye dentro el coro de cazadores.*)
CORO. Tal vez abandonado
está Su Magestad.
El valle, el cerro, el prado.
el monte registrad.
PRINCIPE. Oís? son cazadores
que al Rey buscando van.
CORO. (*Dentro.*) El valle, el cerro, el prado,
el monte registrad.
PRINCIPE. No nos encuentran,
voto vá á san!...
MARQ. Y va creciendo
la tempestad!
PRINCIPE. Hola, monteros!
MARQ. Al encinar!
CORO. Venid, que llaman;
venid, llegad.
(*Salen los cazadores con hachas de viento encendidas.*)

MARQ. Cazadores!
PRINCIPE. Ah, monteros!
qué es del Rey? adónde está?
CORO. No conoce los senderos.
y perdido vagará?

———

PRIN. *y* MARQ. La noche es torva, oscura,
y horrible esta espesura.
Cruzad el seno lóbrego
del bosque y de la selva,
y del clarin, que vuelva
el eco á resonar.
CORO. Suene, y el aire rompa
el eco de la trompa:
que de sus senos cóncavos
le vuelvan redoblado,
el valle, el cerro, el prado,
y el lóbrego encinar.
(*Vánse al son de las trompas de caza.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Interior de una casa pobre: cuatro puertas laterales y una al fondo. Escalera en el ángulo de la izquierda, que conduce á un desvan. Un cuadro con una vela encendida delante. Mesa, sillas toscas, y un sillon grande de baqueta.

ESCENA PRIMERA.

SEBASTIANA, ROSA.

SEBAST. Pasó ya la tempestad?
ROSA. Señora, todo está en calma.
SEBAST. Pues bien; apaga la luz
que encendiste á Santa Bárbara.
ROSA. Aun no viene señor padre.
SEBAST. No es tarde: sin duda el agua
le ha detenido.
ROSA. Y Pascual?
SEBAST. El vendrá. Mira si falta
alguna cosa; no sea...
Ya sabes cómo las gasta
mi Ambrosio.

ROSA. Todo está á punto.
SEBAST. Muy bien: la rueca te aguarda.
ROSA. Cómo! tan tarde...
SEBAST. No quiero
mirarte desocupada.
El ocio es siempre el orígen
de todas nuestras desgracias.
ROSA. Ya lo dice el señor cura.
SEBAST. Y si esa desventurada
de Margarita, no hubiera
olvidado tales máximas...
ROSA. Señora...
SEBAST. No se veria,
como hoy se ve, deshonrada.
ROSA Qué miedo! (*Trabajando con afan.*
SEBAST. No hablemos mas
de esto: me parten el alma
esas pobres criaturas
de sí mismas olvidadas...
ROSA. Sí, dejemos esa historia;
mas como la noche es larga,
y señor padre aun no viene,
no hará su merced la gracia
de contarme?..
SEBAST. Qué?
ROSA. Algun cuento
de duendes y de fantasmas.
SEBAST. Vaya un capricho! á estas horas! (*Mirando con recelo á todos lados.*)
ROSA. Yo no soy miedosa: vaya! (*Lo mismo.*)
SEBAST. Rosita: ya no es tu edad
tan corta...
ROSA. Pero me agradan
tanto, tanto!
SEBAST. En hora buena.
La puerta está bien cerrada?
ROSA. Sí, señora.
SEBAST. Con cerrojo?
ROSA. Y con pasador y tranca.
SEBAST. Bien.
ROSA. Y el cuento?
SEBAST. No es un cuento.

ROSA. Mejor.—Una historia?
SEBAST. Calla!
ROSA. Qué es eso? (*Con sobresalto.*
SEBAST. Pensé que óia...
Vamos! vamos! no fué nada.
Pues, como te iba diciendo,
el lance pasó en mi casa.
ROSA. Aqui? (*Dejando la labor.*)
SEBAST. Veinte años habrá.
Eh! qué es eso! no trabajas?
ROSA. Diga su merced. (*Trabajando.*)
SEBAST. Al toque
de la oracion de las ánimas,
se acostó mi Ambrosio: apenas
hubo apagado su lámpara,
allá, por la chimenea,
arrastrando una pesada
cadena, bajó el espíritu.
ROSA. Una cadena!
SEBAST. Y sonaba,
chis! chas!
ROSA. Qué miedo!
SEBAST. Han llamado?
ROSA. No, señora.
SEBAST. Pues jurára...
—Qué iba diciendo?
ROSA. Que el duende...
SEBAST. Ah! sí: ya sé donde estaba.
Pues el duende, atravesando
con paso lento la sala,
al compás de su cadena,
llegó á los piés de la cama.
ROSA. Hui!
SEBAST. Tu padre, aunque ocultó
la cabeza entre las sábanas,
oyó al duende que decia
estas solemnes palabras.

«Cumplirás lo que te exijo,
sin que pase de mañana.
Dios ha dado ayer un hijo
á Isabel la sacristana.

Mira, Ambrosio, qué sotana
para el pobre sacristan!»
Y entre tanto la campana
resonaba: dan! din! dan!

«Mandarás, Ambrosio amigo,
y mejor hoy que mañana,
diez fanegas de buen trigo
á la pobre sacristana,
ó jamás de Sebastiana
hijos tuyos nacerán.»
Y entre tanto la campana
resonaba: dan! din! dan!

ROSA. Qué miedo! (Ya yo no duermo
esta noche.) (*Se oye llamar á la puerta.*)
SEBAST. Quién?
(*A media voz y temblando.*)
ROSA. Ay, ánimas
del purgatorio!
SEBAST. Rosita?
ROSA. Señora?
SEBAST. No oyes que llaman?
ROSA. Ya lo oigo.
SEBAST. Mas no te mueves.
ROSA. Tengo un frio de cuartana...
PASCUAL. Rosa. (*Dentro.*)
SEBAST. Es tu hermano.
ROSA. Está usted
segura?
SEBAST. Vamos! despacha. (*Rosa abre.*)

ESCENA II.

DICHAS *y* PASCUAL, *que entra precipitadamente.*

PASCUAL. Uf!...
ROSA. Ay! ay! me has asustado.
PASCUAL. Si corre un viento que pasma!
SEBAST. Y tu padre?

PASCUAL. Aun no ha venido?
Sin duda que la tronada
le ha pillado por el bosque.
He tenido un miedo!... cáscaras!
SEBAST. Si no le dejaras solo...
PASCUAL. Eso... como hay circunstancias...
SEBAST. Dónde has estado?
PASCUAL. Diré
á su merced.—Pues yo... valga
la verdad, iba esta tarde
con toda la gurullada.
Iba el hijo de Juan Puerros,
y el sobrino de la Paca...
SEBAST. No es eso lo que pregunto.
PASCUAL. Es por si usted lo ignoraba.
—Pues bien: asi como estábamos
armando una zalagarda...
—Su merced no ha de reñirme.
SEBAST. Prosigue.
PASCUAL. En una palabra,
cuando era mayor la grita,
la barahunda y la zambra,
cate que se quedan todos
mas frios que el Guadarrama.
SEBAST. Alguna fiera?...
PASCUAL. Una fiera!
oh! no! una pobre muchacha! (*Con temor.*)
SEBAST. Margarita!
PASCUAL. Sí, señora!
SEBAST. Cómo! esa desventurada
se ha atrevido...—Yo supongo
que no la has hablado. (*A Rosa.*)
ROSA. Vaya! (*Turbada.*)
SEBAST. Ni tú, ni nadie! (*A Pascual.*)
PASCUAL. Es verdad:
todos la han vuelto la espalda...
SEBAST. Muy bien hecho.
PASCUAL. Menos yo.
SEBAST. Qué has dicho?
PASCUAL. Quien manda, manda.
Ahora mismo la he dejado
á la puerta de su casa.

SEBAST. A una perdida!
PASCUAL. Perdida!
quien eso diga... se engaña.
SEBAST. Insolente! (*Aparece en este momento Ambrosio con el Rey, y ambos se detienen á la puerta.*)
ROSA. Hermano mio!
PASCUAL Yo sé lo contrario.
ROSA. Calla. (*Ap. á Pascual.*)
SEBAST. Si estuviera aqui tu padre...
AMBROS. Aqui está: qué es lo que pasa?

ESCENA III.

DICHOS: AMBROSIO *y* EL REY.

SEBAST. Qué ha de pasar? que insolente,
sin temor de Dios...
AMBROS. Qué ha habido?...
PASCUAL. Padre!
AMBROS. Chiton!
SEBAST. Que atrevido,
ese rapaz, me desmiente.
AMBROS. Ah! te ha faltado al respeto?
PASCUAL. Escuchad.
AMBROS. Cállese, digo.
—No quedará sin castigo.
ROSA. Señor!...
AMBROS. Yo se lo prometo.
REY. Advertid...
AMBROS. Bufando estoy!
REY. Si mi pobre ruego alcanza...
AMBROS. Pues no es esa la crianza
ni el ejemplo que yo os doy.
—Con vuestra madre rencillas?
REY. (Qué virtud entre villanos!)
AMBROS. Id, y besadla las manos.
PASCUAL. Voy, señor.
AMBROS. Mas de rodillas.
PASCUAL. Perdon! (*Arrodillándose y besando á su madre las manos.*)
SEBAST. Alzad.

AMBROS. El bergante!
REY. (Esta es la gente española?)
AMBROS. Y agradezca al huésped... hola?
que esto no pase adelante!
REY. Permitidme que me asombre
de tanto rigor.
AMBROS. Por qué?
REY. Es ya un hombre.
AMBROS. Ya lo sé;
mas para mí nunca es hombre.
REY. Rara aspereza, por Dios!
AMBROS. Y si le hablo y le corrijo
con rigor, para eso es mi hijo:
no os metais en esto vos.
REY. Yo... no es decir que me importe...
AMBROS. Y ahora que el enojo pasa,
mirad que hay huésped en casa.
ROSA. (Algun señor de la corte!)
REY. No os quisiera incomodar.
SEBAST. Bien venido el huésped sea,
aunque en esta pobre aldea,
poco tenemos que dar.
AMBROS. Lo que hay en nuestra Castilla:
limpia mesa y cama blanca.
SEBAST. Mas la voluntad es franca,
y como franca, sencilla.
AMBROS. Vamos! la cena preven,
que ya tendrá este señor
un hambre...
REY. De cazador.
AMBROS. Lo habeis ponderado bien.
SEBAST. Niña? (*Sebastiana y Rosa empiezan a preparar la cena.*)
AMBROS. Y tú, Blas, por el vino
añejo: despacha presto.
PASCUAL. Al instante. (*Váse.*)
Echad el resto.
REY. Oh! por mí...
AMBROS. Qué desatino!
Lo hago yo de buena gana,
y en llegandome á arrestar,

qué diablos! tambien sé echar
la casa, por la ventana.
El Rey, viendo á Rosa que viene con la mesa, se dirige apresuradamente á ella para ayudarla.

REY. Pobre niña! permitid...
ROSA. No estoy tan flaca ni enteca.
Pues soy yo alguna muñeca
como esas que hay en Madrid?
REY. Sin embargo...
ROSA. Hágase allá!
REY. Linda mano! (*Queriendo cogérsela, y en voz baja.*)
ROSA. Oiga! retoza? (*Con tono brusco.*)
AMBROS. Señor! dejad á la moza
tranquila, que ella lo hará.
SEBAST. Se os estima el agasajo.
REY. Tanto afan no la conviene.
AMBROS. En mi casa, nadie tiene
mas hacienda que el trabajo;
y este no da pesadumbre,
antes al hombre se apega,
cuando á convertirse llega
de obligacion, en costumbre.
REY. Sanos principios!
AMBROS. Pues no?
y como sanos, ya viejos.
—Son doctrinas y consejos
de un padre que Dios me dió.

ESCENA V.

LOS MISMOS *y* MARGARITA.

SEBAST. Quién viene?
REY. (Cielos!)
MARGAR. (Qué veo!)
Perdonad, si...
SEBAST. Qué osadia!
MARGAR. (Ah! reprímete, alma mia!)
REY. (Oh! no me engañas, deseo!)
AMBROS. Entrad.
SEBAST. Mi marido advierta. (*Aparte á Ambrosio.*)

que segun cuenta la fama...
AMBROS. Solo sé, que nadie llama
inútilmente á mi puerta.
Cómo es que venís aquí
á tal hora, en ese estado?
SEBAST. Responded.
MARGAR. Ay! me han cerrado
la morada en que nací.
Solo os pido, porque es tarde,
y es grande ya mi despecho,
que por esta noche, el techo
de vuestra casa me guarde.
AMBROS. No quiera Dios que jamás
de esa obligacion desdiga:
entrad; mi casa os abriga,
y mi respeto, que es más.
SEBAST. No veré sin inquietud
que se hospede... (*Ap. los dos.*)
AMBROS. Eres terrible!
La virtud que es inflexible,
Sebastiana, no es virtud.
—Venid, hija!
MARGAR. Gracias!
REY. Bien!
alma noble! (*A Ambrosio con entusiasmo.*)
AMBROS. Ya comienza? (*Separándose de él*)
MARGAR. (Oh! máteme mi vergüenza, (*Mirando al Rey.*)
primero que su desden!)
AMBROS. Llegais muy en hora buena. (*A Margarita.*)
REY. Lloras? (*Aparte á Margarita.*
MARGAR. Silencio por Dios.
AMBROS. Eh! qué haceis aquí las dos?
á prevenirnos la cena. (*Vánse Rosa y Sebastiana.*)
REY. (Corazon noble y sencillo!) (*Mirando á Ambrosio.*)
MARGAR. (De verle, temblando estoy.)
AMBROS. Y yo... poco tardo: voy
á dar posada al tordillo. (*Váse.*)

ESCENA V.

EL REY, MARGARITA.

(*Margarita se ha sentado junto á la mesa, y se oculta el rostro con las manos.*

DUO.

REY. Ah! Margarita! por qué ese llanto?
MARGAR. Déjame, Enrique!
REY. No, no! serena
esos tus ojos que son mi encanto.
MARGAR. La muerte sola cura esta pena.
REY. Odias la vida?
MARGAR. Me pesa tanto
como al esclavo su vil cadena.

De todos despreciada,
qué vale mi existencia,
si el mundo me sentencia
dejándome manchada?
Qué valen, ay cuitada!
mi amor, mi juventud,
si de la pobre huérfana
calumnian la virtud?
REY. Hermosa idolatrada;
quién puede en tu presencia
dudar de la inocencia
que brilla en tu mirada?
Desecha, oh prenda amada,
tu pena, tu inquietud,
y enjuga ya esas lágrimas
que abonan tu virtud.

MARGAR. No me desprecias! es cierto!
tú no dudas?...

REY. Yo dudar?
duda el hombre del sol puro
que le dá su claridad?
MARGAR. Oh! Enrique! Enrique! el contento
me enagena.
REY. Ven acá!
ven, y en mis brazos olvida
ese dolor; ese afan.

MARGAR. No, no! de tus brazos
huiré temerosa,
que son esos lazos
prision peligrosa,
cadena de flores
que mata al honor.
REY. Ven! ven, y en mis brazos
tranquila reposa,
que son estos lazos
cadena amorosa,
que guarda entre flores
tu dicha y tu honor.

Dudar del que te adora!
MARGAR. De mí no fio.
REY. No eres dueña y señora
de mi albedrio?

MARGAR. De gozo trémula
te escucho muda.
Quién adorándote
de tu fé duda?
Quién de tu amor,
si escudo eres benéfico
para mi honor?
REY. Paloma cándida,
mi fé te escuda.

Quién contemplándote
villano duda?..
Quién de tu honor
puede manchar el límpido
claro esplendor?

———

REY. Sí, hermosa; tu confianza
es justa: en mi honor confia.
MARGAR. Toda la ventura mia
se encierra en esa esperanza.
Y si el mundo es para mí
injusto, no importa nada!
yo tengo, si soy amada,
al mundo cifrado en tí.
REY. Dime, y no te cause enojos
mi curiosidad, señora!
—Nunca has amado hasta ahora?
MARGAR. Ah!
REY. Por qué vuelves los ojos?
Con esa beldad que admiro,
y á todas roba la calma,
no ha hallado un eco en tu alma
ningun amante suspiro?
MARGAR. Es cierto: con voluntad
prendas recibí de esposo
de un hombre fiel, generoso.
Por qué ocultar la verdad?
Pero te ví, y ocupado
mi amor en mas alto empleo,
ya no encuentro en mí deseo
que no te haya consagrado.
REY. Sigue; y quién es el rival
que esa dicha ha merecido?
MARGAR. Quien debió ser mi marido,
es de esta casa: es Pascual.
REY. (Ella el camino me ofrece...)
MARGAR. Te has enojado?
REY. Por qué?
—Le amaste mucho?
MARGAR. No sé;

pero sé que lo merece.
REY. Es bueno? es honrado?
MARGAR. Sí.
REY. Y él te quiere?
MARGAR. Con exceso.
REY. Bien necesita todo eso
para ser digno de tí.
MARGAR. Pero no tengas recelos.
REY. Recelos yo? ni un instante.
MARGAR. Cómo! no?—Qué tibio amante!
mas te quisiera con celos.
REY. Celos! penosa inquietud
que el alma y la vida altera!
Eso, Margarita, fuera
poner duda en tu virtud.
No! mitiga tu zozobra!
tu dicha será tan alta...
MARGAR. Sin tu amor, todo me falta:
con tu amor, todo me sobra.
REY. Pues bien: sí! pese á la suerte
que romper quiere estos lazos,
no te arrancará á mis brazos
mas poder que el de la muerte.
A mi pasion no resisto.
(*Atrayéndola á sus brazos.*)
MARGAR. Qué dices? (*Asombrada.*)
REY. Que ciego estoy.

ESCENA VI.

DICHOS *y* PASCUAL, *que viene con dos grandes jarro de vino, y sale en el momento en que el Rey abraza á Margarita. Luego* AMBROSIO, ROSA *y* SEBASTIANA.

MARGAR. Ah! (*Viendo á Pascual.*)
REY. Qué es eso? quién...
PASCUAL. Yo soy.
(Me negará lo que he visto?)
MARGAR. Es Pascual.
(*Queriendo afectar tranquilidad.*)
PASCUAL. Pues! (La picaña!)
MARGAR. Si por desgracia ha notado... (*Ap. al Rey.*)

PASCUAL. (A buen tiempo hemos llegado:
veremos si ahora me engaña.)
AMBROS. Perdonad: por lo que veo, (*Saliendo.*)
esa gente aun no ha venido.
—Cómo os habreis aburrido!
REY. Oh! no tal!
PASCUAL. (Pues ya lo creo!)
ROSA. Ya está la cena.
(*Saliendo con una gran fuente de barro ordinario.*)
AMBROS. Pues ande
á la mesa, y tome asiento.
(*Señalando al sillon.*)
REY. Cómo! aqui? no lo consiento.
AMBROS. Vos hareis lo que yo os mande.
REY. Pero...
AMBROS. Nos hace la edad
testarudos.
PASCUAL. (Ardo en saña!)
AMBROS. Conque... (*Impaciente.*)
REY. Voy. (Qué mezcla extraña
de aspereza y de bondad!)
En este momento sale Sebastiana, que trae el resto de la cena, y todos se sientan en el órden con que estan marcados mas abajo, de modo que el Rey y Rosa ocupen las dos esquinas de la mesa mas inmediatas al público. Empiezan á cenar. Silencio de algunos instantes.

ESCENA VII.

EL REY, MARGARITA, SEBASTIANA, AMBROSIO, PASCUAL *y* ROSA.

PASCUAL. (Tiene un hambre de gañan! (*Ap. á Rosa.*)
repárale cómo traga!)
AMBROS. Parece que hay apetito,
señor... de Madrid.
REY. No falta.
AMBROS. El corderillo es sabroso,
y luego mi Sebastiana

lo condimenta...

REY. Supongo
que nunca os faltará caza.

AMBROS. Caza en mi mesa? jamás.

REY. Habiendo tal abundancia?

AMBROS. Es verdad: mas yo no toco
á lo que guardar me mandan.
Esa es propiedad del Rey.

REY. Bien le servis.

AMBROS. Bien me paga.

ROSA. (Quién será? *Ap. á Pascual.*)

PASCUAL. Algun perdulario.

ROSA. No lo parece en la traza.

PASCUAL. Repáralo! es un nacion:
se le conoce en el habla.

AMBROS. Vaya un trago.

REY. Enhorabuena. (*Beben.*)
Buen paladar!

AMBROS. Es de Arganda.

REY. Ya le conozco.

AMBROS. Y decidme,
señor... cazador? qué charlan
en Madrid, del nuevo Rey?

REY. Del nuevo Rey? poco ó nada.

AMBROS. Dicen que es mozo.

REY. Muy mozo.

SEBAST. Y de presencia bizarra!

REY. Pche!

AMBROS. Valeroso.

REY. Bah!

MARGAR. Enrique! (*Ap. al Rey.*)

PASCUAL. Bien lo ha probado en Italia.
(*Levantándose con ira.*)

AMBROS. Mozo, no hable sin licencia.

REY. Dejadle, señor: me agrada
la ruda impetuosidad
con que defiende al monarca.

AMBROS. No es cierto que en ese lance
se mostró el Rey?..

REY. En Luzara?
no anduvo cobarde; pero
el honor de la jornada

pertenece el gran Vendome.

PASCUAL. Y al Rey tambien! (Dios me valga!)

AMBROS. Pues no han de faltarle pruebas.
Ya ha empezado la campaña...

REY. Y con calor.

AMBROS. Mas no hay miedo.
En la lealtad castellana
descanse, que no será
estéril la confianza.

REY. Y si esa noble lealtad
quiere corromper el Austria?

AMBROS. Sí? que lo intente.

REY. Ya tiene
emisarios en España.

PASCUAL. Y aun se asegura, que alguno (*Con intencion.*)
por estos contornos anda.

MARGAR. (Gran Dios!) (*Mirando al Rey con recelo.*)

PASCUAL. Pues como le pesquen,
no le arriendo la ganancia!

AMBROS. No temais que en nuestros pechos
la semilla que derraman
los traidores, fructifique.
Antes vereis arrasadas
las dos Castillas, que logre
el Archiduque domarlas.

PASCUAL. Sí! (*Con entusiasmo.*)

SEBAST. Dices bien.

AMBROS. Ya lo veis,
caballero; en esta casa,
la traicion no tiene asiento,
ni los traidores entrada.

REY. Supongamos que yo fuera
enemigo del monarca;
qué hiciérais?

AMBROS. Cómo! qué hiciera?
os lo diré en dos palabras.
En tiempo de Cárlos Quinto,
un rey de la casa de Austria...

REY. Ya sé.

AMBROS. Pasó á nuestra tierra
un hidalgote de Francia.

Segun parece, era el tal
un traidorazo de marca.
Pues no bien hubo llegado,
segun nos cuenta la fama,
á un señor de los de acá,
dijo el Rey; «dále posada.»
Yo se la daré, señor!
dijo el de acá; pues lo manda
Vuestra Magestad: mas luego
que él saliere de mi casa,
la reduciré á cenizas,
por que la traicion contagia.

REY. Es decir...

AMBROS. Que si vos fuerais
un traidor... nunca os negára
la hospitalidad, que es siempre
una obligacion muy santa;
pero al salir vos, pusiera
fuego á mi pobre morada,
y despues... os cazaria
lo mismo que á una alimaña!

PASCUAL. (Tómate esa!)

MARGAR. (Tiemblo toda.)

PASCUAL. (No ha puesto la mejor cara.)

AMBROS. Pero dejemos á un lado
esta cuestion: Sebastiana,
lléname el vaso, y brindemos
por el nuevo Rey de España.

AMBROS. La santa fé, piadosa
sobre sus palmas lleva
las preces que amorosa
por el monarca eleva
al Dios de nuestros padres,
la castellana grey,
y el Dios de nuestros pâdres
defiende á nuestro Rey.

—Coro! (*Hablado.*)

TODOS. El Dios de nuestros padres

defiende á nuestro Rey.

AMBROS. Si mueve inquieto bando
discordias y rencores,
Castilla, respetando
la fé de sus mayores,
del Dios de nuestros padres
conservará la ley,
y el Dios de nuestros padres
dará victoria al Rey.

—Coro! (*Hablado.*)

TODOS. El Dios de nuestros padres
dará victoria al Rey.

REY. Bien! (Hay placer que á este iguale?)
AMBROS. (Me da ya que sospechar!)
REY. Brava letra, y mejor música!
Son vuestras?
AMBROS. Gracioso estais.
La música es del sochantre,
y esotro, del sacristan.
Yo no sé escribir, y gracias
si acierto á deletrear.
REY. Me ha agradado.
PASCUAL. (No lo creo.)
SEBAST. Otra sabe mi Pascual.
REY. Otra?
PASCUAL. Yo?... (*Como procurando escusarse.*)
SEBAST. Vamos! qué es eso?
PASCUAL. Si padre licencia da...
AMBROS. Pídela al huesped.
REY. Pues digo!...
PASCUAL. Sí? (Voy á hácerle rabiar!)

En los campos de Luzara,
do su curso el Pó desvia,

Don Felipe desafia
al ejército imperial.
Niño el Rey, mas valeroso,
ya soporta en esa tierra
los peligros de la guerra
con espíritu marcial.
Cuánta fatiga
la lid previene
al bravo ejército
franco-español!
Gente enemiga
marchando viene!
sus armas trémulas
brillan al sol.
Sús! que llega!
sús! que avanza!
cruza el Pó!
La refriega,
la matanza
comenzó.
Entre gritos y clamores
suenan ya los atambores;
ram-pam-tam-pan!
y el cañon envuelto en llama,
atronando el campo, brama;
pim-pam-pim-pam.
Ya sintiendo su escarmiento,
pierde fuerzas, pierde aliento
el aleman.
Viva Francia! viva España!
sus contrarios, la campaña
cediendo van.

REY. (Se me salta el corazon!) (*Ocultándose el rostro para no dejar ver su emocion.*)
PASCUAL. (Habeis notado...) (*Ap. á Ambrosio.*)
AMBROS. Pascual!
PASCUAL. (Es el emisario.)
AMBROS. (Calla!)
PASCUAL. (Si soy yo muy perspicaz!)

AMBROS. Hidalgo! no sé quién sois,
ni lo quiero averiguar:
pisado habeis mis umbrales;
sois mi huesped, nada mas.
Allí teneis vuestro cuarto: (*Señalando á la escalera.*)
solo os pido que advirtais
que en esta morada, es todo
honor, franqueza y lealtad.
REY. No lo olvidaré.
MARGAR. (Qué dice?
si ha llegado á sospechar...)
AMBROS. Condúcele á su aposento. (*A Pascual.*)
PASCUAL. Cuando gusteis. (*Tomando una luz.*)
AMBROS. Descansad.
REY. El recuerdo de esta noche
no se borrará jamás
de mi memoria; os lo juro:
y algun dia llegará
en que pague al buen Ambrosio
su franca hospitalidad.
SEBAST. Cómo?
ROSA. Qué? (*Ambrosio les impone silencio.*)
AMBROS. Señor hidalgo,
no es costumbre por acá
que se venda el hospedaje,
ni es meson mi pobre hogar.
Si estimais el agasajo,
agradecedlo, y no más;
que en el mundo no hay tesoros
que paguen mi voluntad.
REY. (Virtud y honor! á qué punto
os venis á refugiar!)
AMBROS. Hasta mañana.
REY. Ya os dejo.
PASCUAL. Adelante. (Ya verás!)
REY. (Me tiene absorto esta gente!)
(*Subiendo la escalera.*)
SEBAST. Vos tambien, á descansar.
Cogiendo á Margarita de la mano, y conduciéndola á una de las habitaciones de la derecha.

MARGAR. Voy, señora!

AMBROS. (El emisario del Austria!... será verdad?)

(*Pascual, que ha dado la luz al Rey en lo alto de la escalera, vuelve á bajar.*

AMBROS. Se ha recogido ya el huesped?

PASCUAL. Allí queda en el desvan.

AMBROS. Pues á tu cama, y silencio!
(Mucho llevo en que pensar.)
(*Entra en su cuarto: Pascual se va por el inmediato.*)

ESCENA VIII.

SEBASTIANA, ROSA, *luego* PASCUAL.

SEBAST. A recoger los trebejos,
Rosita. (De ese rapaz
no me fio.)
(*Vánse las dos, llevando algunos objetos de la mesa.*)

PASCUAL. Mi conciencia
(*Saliendo de puntillas de su cuarto.*)
me dice que no haga mal:
pues á saberse mañana
el caso, no hay que dudar!
por traidores nos tuvieran...
y primero es mi lealtad.
(*Abre la puerta del fondo, y se vá, dejándola entornada.*)

SEBAST. Pisa quedo! estan durmiendo.
(*Sale con Rosa, y atravesando con ella el teatro; se dirige á la puerta del cuarto de Pascual, y echa el cerrojo por fuera.*)

ROSA. Cómo! encerrais á Pascual?

SEBAST. Siempre es bueno precaver.
—Vámonos adentro.

ROSA. (Ah! ya!) (*Mirando al cuarto de Margarita.*)
(*La música expresa el reposo y el sueño: despues se oye dentro y á media voz el coro.*)

CORO. (*Dentro.*)

Silencio! cuidado! marchemos con tiento,
que entre esas paredes está el aleman.
Ninguno perdone guardado aposento,
rincon escondido, ni oculto desvan.

(Aqui va entrando el coro, y á su frente el Príncipe: las puertas de los aposentos se abren, y van apareciendo sucesivamente Ambrosio, Margarita, etc.)

ESCENA IX.

EL PRINCIPE, MARGARITA, AMBROSIO, EL REY, SEBASTIANA, ROSA *y* PASCUAL; *que sale el último, procurando ocultarse entre el tumulto. Cazadores, y aldeanos de ambos sexos; estos, armados de hoces, azadas y otros instrumentos de labranza.*

AMBROS. Oigo tumulto.
REY. Siento rumor.
(Desde lo alto de la escalera.)
CORO. Aqui está oculto:
muera el traidor!

AMBROS. Quién atrevido,
descomedido,
osa mis puertas
atropellar?
Tanta osadia,
tal villania,
solo á bandidos
puede cuadrar.
CORO. Luego al espia
nos han de dar.
PRINCIPE. El enemigo *(Ap. á Margarita.)*
que yo persigo,
no es el espia
ni es aleman.

Es mi adversario
mayor contrario:
es la persona
de aquel galan. (*Señalando al Rey.*)

CORO. Al emisario
ved si nos dan.

PRINCIPE. Esa tórtola hechicera
cómplice suya debe de ser.

CORO. Es cosa fácil
de suponer.

PRINCIPE. Me la llevo prisionera
en cumplimiento de mi deber.

CORO. Ya sabe el prócer
lo que vá á hacer.

(*Ambrosio coge su mosquete y hace cara al tumulto.*)

AMBROS. El que se atreva
(*El Rey habrá acabado de bajar.*)
y un paso dé,
voto á mil truenos!...
cae á mis piés.

PRINCIPE. Nadie resista!
favor al Rey!

CORO. Vaya á la cárcel
ese doncel.

MARGAR. (Con mi existencia
le salvaré.)

PRINCIPE Y CORO. Descubra el rostro!
diga quién es.

MARGAR. Yo sola, mísera! (*Ap. al Príncipe.*)
si eso es verdad,
seré la víctima!

callad! callad!

REY. Pues muestra el príncipe
tanta lealtad,
fuera el incógnito!
Mirad! mirad! (*Se desemboza.*)

(*El Príncipe, coge una hacha de viento de manos de uno de los cazadores y se acerca á reconocer al Rey.*)

PRINCIPE. Su Magestad!
Ante el Rey poderoso de España
la frente inclinad!

CORO. Su Magestad!

(*Todos se inclinan descubriéndose respetuosamente: los aldeanos arrojan sus armas.*)

PRINCIPE. Señor!..

REY. Qué podreis decir?

AMBROS. Yo no sé lo que me pasa!
El Rey! el Rey en mi casa!
(*Cayendo de rodillas.*)
Hijos! ya puedo morir.

REY. Sí, Ambrosio; te maravilla? (*Haciéndole levantar.*)
el Rey es, el que admirado
ha visto aquí retratado
el corazon de Castilla.
—Príncipe! (*Con severidad.*)

PRINCIPE. (Malo!) Señor...
decis...

REY. Oidme un instante.
—Vida nueva en adelante. (*Ap. al Príncipe.*)

PRINCIPE. Ya estaba en eso.

REY. Mejor.

PRINCIPE. Seré desde hoy un cartujo.

REY. Voy á probaros aquí
cuanto puede y labra en mí
este poderoso influjo.
Dá á Margarita la mano. (*A Pascual.*)

PASCUAL. Yo, señor? (A hablar no acierto!)

REY. Qué! vacilas?

PASCUAL. Os advierto... (*Con timidez.*)
AMBROS. Te lo manda el soberano!
REY. Y si alguna lengua osada
manchó su honor casto y puro,
yo, el Rey, lo desmiento, y juro
que es una doncella honrada.
PASCUAL. Oh! sí, sí! yo he sido un zote
en dudar...
MARGAR. (Es mi destino!)
REY. El Príncipe es el padrino...
y pagará vuestra dote.
PRINCIPE. Cómo? quién?..
REY. Lo he dicho.
PRINCIPE. En fin...
Vuestra voluntad es esa!..
(No me he sentado á la mesa,
y he de pagar el festin!)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS *y* EL MARQUÉS.

MARQ. Señor! señor! vos aqui?
REY. Marqués! lleno estoy de gloria!
Al fin alcancé victoria.
MARQ. Ah! de quién!
REY. De quién? de mí.
MARQ. Bien! (*Con entusiasmo.*)
REY. Esa familia honrada,
tan noble, tan fiel conmigo,
de su Rey queda al abrigo.
MARQ. No lo olvidaré por nada.
AMBROS. Honrais á dos pobres viejos.
REY. Y á ese mancebo gallardo,
colocarás en el Pardo.
PASCUAL. No pudiera ser mas lejos? (*Con temor.*)
AMBROS. Imprudente! (*Ap. á Pascual*)
REY. Lo veré.
Ya ha comenzado la lid:
mañana dejo á Madrid...
quién sabe si volveré!
PRINCIPE. Arriesgar vuestra persona!

AMBROS. Vos marchais á esa jornada!
REY. Quiero ganar con mi espada
esta brillante corona.
Ya sé lo que sois: ufano
con vuestra noble arrogancia,
desde hoy olvido á la Francia
por mi pueblo castellano:
y al par que su ardiente brio
en el campo he de probar.
su honor haré respetar, (*Mirando al Príncipe.*)
porque su honor es ya el mio.
Todo el rigor de la ley
que al grande y pequeño mide,
sentirá quien esto olvide.
MARQ. Eso es, señor!
TODOS. Viva el rey!

CORO:

Gloria al monarca ibero
que con valor sublime,
su prepotente acero,
soldado rey, esgrime.
Del enemigo encono,
bien pronto vencedor,
levantará su trono
con nuevo resplandor.

FIN DE LA ZARZUELA.

NOTA. El autor ha tomado parte del asunto de esta zarzuela, de una comedia de Collé, titulada: *La partie de chasse de Henri IV.*

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 14 *de febrero de* 1854.
Segun el informe evacuado por el Sr. Censor, puede representarse.

QUINTO.

ERRATAS.

—

Página 20, línea 9, donde dice
«que sé plantar á venado,»
debe decir:
«que sé plantar á un venado.»

Página 41 suprímanse las líneas 34 y 35:
«No nos atrapa,
Ya no las pesco.»

Página 55, línea 34, dice:
«Y tú, Blas, por el vino»
debe decir:
«Pascual, ve por el vino»

Se suprime en la representacion desde la línea 24 página 66, hasta la 32 inclusive de la página 67.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.

San Isidro (*Patron de Madrid*).
Su imágen.

Trabajar por cuenta agena.
Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
El estreno de un artista.
El marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*música*).
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
La Caceria Real.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle de Tudescos, núm. 21, cuarto principal.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: *libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gomez.
Badajoz.	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Nadal.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Plá.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Perez.
Habana.	CharlainyFernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Moya.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Ferreiro.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Garcia.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Moreti.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Idem.	Hidalgo.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. Gonzalez.
Talavera.	Bidarte.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Aguilar.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Viuda de Heredia.